luces el primer conquistador que se hizo dueño de un gran imperio, que venció a ejércitos constituidos por guerreros de mucho valor, que supo establecer alianzas duraderas y eficaces con los pueblos indios, que puso los cimientos de una nueva sociedad, introduciendo en América las plantas y los animales domésticos del Viejo Mundo. Todo esto sin que le costara nada al fisco real, beneficiario por el contrario de importantes envíos de metales preciosos.

En su biografía, Bartolomé Bennassar hace por rehuir tanto la Leyenda Negra como la almibarada hagiografía, consiguiendo así una equilibrada obra, en la que Hernán Cortés aparece como un gran estratega y un político inteligente, que recurrió a la fuerza sólo cuando no tuvo otra elección y que amó sin medida ese México que aún hoy sigue siendo, en gran parte, creación suya. «Hay que devolver a Cortés a la historia –decía Octavio Paz–. Sólo entonces los mexicanos podrán posar sobre sí mismos una mirada más lúcida, más generosa, más serena». El autor del presente trabajo ha aportado su grano de arena a esta importante tarea clarificadora, rechazando a un tiempo maldiciones y bendiciones.

Isabel de Armas

Ferrater prevé su muerte*

En su última obra, *F.*, Justo Navarro (Granada, 1953) se ha apuntado a una de las corrientes narrativas que más fecundos resultados están dando en la actual novelística española. Me refiero a ese género híbrido de narración que mezcla hechos reales con hechos ficticios (por ejemplo, con las lógicas diferencias de procedimiento y resultado, *Negra espalda del tiempo*, de Javier Marías; *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina, *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas). Aunque la técnica no es nueva, sí que últimamente se puede comprobar un creciente interés de los narradores por ensanchar y difuminar los límites entre hechos comprobables y hechos inventados, dando la misma importancia y categoría a unos y a otros, revolviéndolos para finiquitar la idea de género (si es que no estaba ya finiquitada) y desbordar la crónica, el reportaje, el ensayo o la novela convencional, para pegar cada vez más la ficción a la vida real.

Navarro ha ido un paso más allá al fundamentar completamente su

* *Justo Navarro*, F., *Anagrama, Barcelona, 2003, 124 pp.*

ficción en algunos de los hechos históricos, y, por tanto, verificables (al final de su novela el autor ofrece la lista de sus fuentes documentales), que acaecieron en la vida del poeta, traductor y crítico literario Gabriel Ferrater (1922-1972). Quizá para curarse en salud, el autor pone al inicio de su texto una advertencia (también utilizada en sus dos última novelas) que juzgo innecesaria por redundante, ya que cuando el hipotético lector tiene el libro en sus manos ya ve que pertenece a la veterana colección de novela «Narrativas Hispánicas», de Anagrama: «Todos los personajes y lugares, reales o ficticios, sólo aparecen como personajes y lugares imaginarios».

O sea, la *nouvelle* de Navarro busca narrar con técnicas novelescas situaciones que sucedieron en la realidad, es decir, busca efectuar una biografía novelada, construida para lograr conocimiento y trascendencia a partir de la selección y distribución adecuadas de unos materiales que el autor juzga los mejores para dar noticia fidedigna del personaje real Gabriel Ferrater. Navarro logra su propósito de insertar la realidad en el corazón de la ficción, opción muy legítima por novedosa y arriesgada, y no nos da la imagen total del Ferrater histórico, sino su visión parcial, *su* Ferrater.

Pero más que las intenciones, hay que criticar los resultados. Y es aquí donde la apuesta de Navarro se resiente, porque su obra, con estar bien medida, ser de buena factura general y contar con un personaje con una peripecia vital fascinante, no logra (y ahora solo hablo de la ficción) una semblanza suficientemente atractiva del personaje protagónico: cojea de verdad literaria.

El Ferrater de *F.*, toma los rasgos y peculiaridades del real, sí, pero su configuración se merma porque nos faltan algunos datos de interés capital (porque así se nos hace ver en la ficción), por ejemplo, cuándo y cómo nace su vocación de escritor, o sabio, el por qué de las eternas gafas oscuras, sus relaciones con los amigos, la posible interpretación de la conexión del suicidio del padre del personaje con el propio, elementos que, se intuye, hubieran mejorado el conjunto. Demasiado misterio, quizá, si el resto de elementos no iluminan del todo esa vida. El personaje, por otra parte, esta construido desde fuera, a la manera de la novela objetivista, aunque la voz narrativa salte en ocasiones de la tercera a la primera persona. Navarro no se ha querido meter en el interior del personaje para analizar los claroscuros de una inteligencia asombrosa. Por eso le sale el retrato del Ferrater real más mundano y viajero, «Sócrates de los cafés de Barcelona», deslumbrante de sabidurías, políglota simultáneo, un espectáculo para hacer felices a las amistades y seducir a muchachas y a señoras.

Con todo, Navarro logra una representación válida del ser incapacitado para la vida práctica que el Ferrater real (y el de la novela) fue. Pero no logran emocionar sus batacazos amorosos, tampoco sus propósitos de enmienda con el alcohol, ni su constante falta de dinero, aunque sí se husmea la tragedia de un personaje que venía de fábrica con una inteligencia tan omnímoda como insoportable: «Hasta sus virtudes se volvían errores, una forma de infelicidad y corrupción, precisamente porque era poco experto en el mundo verdaderamente corrupto y real». Y nos falta quizá lo más importante, la interpretación de la cuestión del suicidio, circunstancia esencial en la trama argumental desde la frase inicial de la novela: «Hubo una vez un hombre que a los treinta y cinco años prometió no vivir más de cincuenta».

Ese hombre fue Gabriel Ferrater, adolescente eterno en la ficción, que cada vez que el mundo se desordenaba más de la cuenta (por el amor, por la soledad, por el abandono), se buscaba un refugio de alcohol, seducción y palabras. Y eso, un hombre, es precisamente lo que se echa en falta en la *nouvelle* de Justo Navarro, porque se hace difícil cimentar un mito positivo a partir del alcoholismo furibundo, la tendencia autodestructiva y la desdicha del abandonado: un malditismo inverso cuando el Ferrater real no fue un maldito (al menos, convencional). En definitiva, *F.*, es una obra valiente que no acaba de cuajar, como sí cuajaron otras novelas de este importante autor (*Hermana muerte, La casa del padre* o *El alma del controlador aéreo*).

Marcos Maurel

Desmontando a Wordsworth*

«Los hombres de genio, dada su extraordinaria fuerza mental, son mejores como objetos de una admiración distante que como compañeros diarios», conclusión a la que llega Thomas de Quincey (1785-1859) tras su convivencia con los denominados poetas *lakistas* Samuel Taylor Coleridge, Robert Southey y, sobre todo, su prematuramente admirado William Wordsworth.

Thomas de Quincey, autor de brillantes ensayos como las famosísimas *Confesiones de un inglés*

* Memoria de los poetas de los Lagos, *Thomas de Quincey, Selección, traducción y notas de Jordi Doce, Pre-Textos, Valencia, 2003, 381 pp.*